

LABRADOR MÉNDEZ, Germán (2017). *Culpables por la literatura: imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)*. Tres Cantos: Akal.

Otras formas de democracia fueron imaginadas en los setenta. Y vividas. Esta idea recorre las 666 páginas del libro, a lo largo de las cuales Germán Labrador Méndez (Vigo, 1980) presenta un mundo reconstruido en base a un archivo compuesto por objetos culturales e historias de vida expulsados de los relatos oficiales de la transición. *Culpables por la literatura* trata de ir más allá de las narrativas que glorifican o demonizan una transición realizada únicamente por élites o masas informes, ofreciendo un relato de relatos que dice y hace de forma simultánea, pues narra una revolución cultural desde abajo aún inexplorada, al mismo tiempo que propone una forma de investigar y escribir propia, novedosa e inspiradora.

Se trata de la vida y -en demasiadas ocasiones, muerte- de tres generaciones de poetas, novelistas, dibujantes, músicos, editores, cineastas y ciudadanía en general, y del alcance de su legado. Su práctica de *otra democracia* en la cultura y la vida cotidiana transformó en pocos años, siguiendo a Labrador, una teología militarista, machista y ultranacionalista en una de las sociedades más ateas, pacifistas y poco nacionalistas del mundo, a la vez que se resquebrajaba irremediablemente la sexualidad normativa franquista.

Las más de 1400 referencias primarias sobre las que se arma este libro, como parte de un archivo único construido y trabajado a lo largo de 12 años –bastante masculino en general, aunque poco heteronormativo–, invitarían a pensar en que se trata de una

enciclopedia. Y podría serlo. De hecho, se trata de un utilísimo texto de consulta para cualquier curioso o estudioso de la transición que ansíe un análisis condensado, profundo y contextualizado de cientos de obras y participantes del período. El cuidado glosario así lo permite, a la vez que busca “democratizar el archivo transicional haciendo convivir algunos iconos del periodo con sus más oscuros compañeros contraculturales” (Labrador, 2017: 649).

Pero *Culpables por la literatura* es mucho más que eso. La asociación de herramientas de diferentes disciplinas –filología, sociología, poesía, narrativa, semiología y filosofía– para un proyecto de historia cultural desde abajo, da lugar a una obra de lectura intensa, en la que casi cada página proporciona un concepto, una idea original o un microrrelato sobre los que pararse a pensar, imaginar o sentir. Y quizá, para el caso de muchos de los supervivientes de la época, a recordar y poder verse como parte de una experiencia colectiva e histórica. En este sentido es un espejo del que es difícil escapar.

POLÍTICA-ÉTICA-POÉTICA

El subtítulo del libro privilegia una acción: imaginar. Para Labrador, la “imaginación política” es inseparable de la contracultura, definida como un “amplio espacio de actividades y actitudes que unió a los jóvenes transicionales en un proyecto de sociedad alternativo durante una década” (2017: 129), que se encontraba “en una situación permanente de desafío al orden imperante pero que nunca lo sustituye, aunque sí pueda desbordarlo” (2017: 190).

Y es que nada es separable en este libro, en coherencia con una contracultura en la

Gaupp, Jorge y del Río Alcalá, Berta.

“*Culpables por la literatura: imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)*, de Germán Labrador Méndez”. Reseña

Kamchatka. Revista de análisis cultural 12 (2018): 545-550.

DOI: 10.7203/KAM.12.11097 ISSN: 2340-1869

que literatura y vida se retroalimentaron constantemente. La propia estrategia estética de *Culpables* es también inseparable de una mirada, de una ética y de una postura política. En el capítulo 7 del libro aparece un cuestionamiento ético-político sobre la razón por la que “saquear” un archivo de época que a muchos les fue la vida en crear, es decir, sobre:

la mirada que proyectamos sobre los archivos, lo que creemos ver allí: ¿material para una expo que lo pite o la genealogía de una democracia que no hemos conocido? (2017: 324)

Labrador apuesta, desde la segunda línea de la introducción, por lo segundo. Si imagina la democracia como “un colectivo de carácter inclusivo, no autoritario, polifónico, descentralizado y relativamente autónomo en relación con su medio” (2017: 15), su libro buscará, coherentemente, estructurarse justo así, como un conjunto de voces con brillo propio, autorizadas también para “analizar, conocer y exponer” como lo harían en una verdadera democracia (2017: 431).

Los objetos culturales, entonces, son seleccionados en función de su capacidad para iluminar su época, a la vez que se analizan desde las circunstancias personales e históricas de sus creadores. Por ejemplo, la frase de un joven del colectivo vallecano Los hijos del agobio –“para mí, política de los barrios es que estemos aquí la basca del barrio” (2017: 488)– entendida en su contexto, permite ilustrar cómo “en la poética de la contracultura, el ser procede del estar; son las situaciones las que construyen identidad” (2017: 488). Y lo hace de la misma manera que un elaborado y culturalista poema de Gimferrer podría

contribuir a explicar los destinos de su generación.

LEER EL TIEMPO

Pero Labrador no solo no se sitúa por encima del grueso del corpus del libro, sino que deja que las vidas y obras estudiadas lo cuestionen, lo interpelen como crítico e historiador –como “letrado mesocrático” (2017: 389)–, llegando a reflejar ese cuestionamiento en su propio estilo de escritura. Así, si muchos de los poetas estudiados intentaron escribir contra una parte de sí mismos, “vomitar a chorros” su socialización franquista (2017: 225), y si el resultado es una obra o un compromiso vital admirables, hay pues un motivo para aprender de ello e intentar repetir el gesto en este ensayo académico-literario. Labrador también detecta en sí mismo elementos de su propia época que, de seguirlos, podrían producir una mala obra de historiografía, una que no diera cuenta de que el pasado puede ser radicalmente diferente. Uno de esos elementos parece ser la “razón cínica para los nuevos tiempos democráticos” (2017: 120) que se inició en los años ochenta. Es decir, el escepticismo individualista que se prolonga hasta la época actual y que muchas veces impide reconocer la existencia de un momento histórico diferente, en el que los “ciudadanos transicionales” construían a una “antropología colectivista y poética” (2017: 467) con verdadera fe y pasión en su propio poder transformador.

En concordancia, el estilo general de Labrador en *Culpables* destapa una ternura que en sus obras previas –un libro, alrededor de 45 artículos académicos “puros” y otros tantos en diversos formatos más breves o periodísticos– se encuentra más disimulada,

queriendo quizá romper así con ese lenguaje frío o vacío propio de una época cínica. Para ello, de forma totalmente consciente y a la vez delicada, cuidadosa, usa nombres de época “más afectados tal vez, pero también más exactos” (2017: 38), como *adoradores del volcán* o el propio *culpables literarios*. O recurre a una prosa más narrativa y alegórica que intente introducir al lector en otro ambiente, en otro mundo, para que ese lector, ese “nos-otrxs” (2017: 11) pueda quizá también extrañarse de su presente y de sí mismo.

Es a partir de este dejarse afectar por el archivo que Labrador no construye una introducción al uso. En realidad, son dos: una de 20 páginas y otra posterior de 156, articulada en cuatro capítulos que suponen una verdadera caja de herramientas conceptual y metodológica, dadas por el propio archivo -en especial Rafael Chirbes, Leopoldo María Panero y Camarón-, en conjunción con un sólido marco teórico muy amplio y diverso, del que quizá podrían destacarse a tres filósofos: Benjamin en su proyecto (ético-político-poético) de recuperar la memoria de los vencidos para poder “encender en el pasado la chispa de la esperanza”; Bourdieu como apoyo organizativo y explicativo -campo cultural, autonomía, *habitus*, formas de capital- y Foucault como condición previa de cuestionamiento de los paradigmas historiográficos, a la vez que provisor del concepto clave *biopolítica*, desarrollado e inflexionado hasta el límite: *bioliteratura*, *biorresistencia*, *bioforma*, *biointertextualidad*, *biopoética*, etc. Como éstos, aparecen docenas de conceptos originales, trabajados por el autor poniendo en contacto el archivo de la época con un saber poético propio -*ciudad intransitiva*, *ciudadanía expandida*, *pasotariado*, *demoquijote*, *metavida*, etc.-a partir de la idea de que la vida y la literatura producen

constantemente miradas teóricas, que solo a posteriori y parcialmente son tomadas, elaboradas y difundidas por la filosofía.

HIJOS DEL FASCISMO Y LA ESPERANZA

La segunda parte, dedicada a la “generación del ‘68”, es decir:

aquella cohorte demográfica transicional que fue pionera del cambio político y cuya trayectoria suele identificarse con el imaginario setentero, con sus barbas, chaquetas de pana... (2017: 187),

abarca un período muy definido: desde el mayo francés a la aprobación de la Constitución, años en los que estos “hijos del fascismo y la esperanza” (2017: 186) tratan de desprenderse de su propia subjetividad franquista a través de la literatura.

Labrador advierte, pues, que:

no es esta la historia épica, contada tantas veces, de una nueva tecnocracia haciéndose con el manejo del estado posfranquista, sino el relato humilde de los intentos de tejer unas vidas democráticas. (2017: 190)

Y es que muchos miembros de esta generación traicionaron los valores de su juventud al ocupar posiciones de poder, tema recurrente de otros relatos transicionales. Pero no todos. Labrador defiende que se trata de una “generación bífida” que tomó dos caminos opuestos (con muchos intermedios): la “vuelta al orden” de su socialización franquista (2017: 383) y el compromiso con la “revolución de la vida cotidiana” de los que

interpretaron el proyecto de su generación como un compromiso integral con la ruptura, [tratando de] mantenerse fieles a su identidad

antifranquista mientras la dictadura se iba transformando en régimen parlamentario. (2017: 188)

El relato de esta generación se distancia así tanto de las perspectivas triunfalistas como la de Victoria Prego (1995), como de su reverso misántropo al estilo de Gregorio Morán (1991), desbordando ambas a partir del archivo de época.

Así es como poetas poco conocidos como Aníbal Núñez o Emilio Sola son capaces de convivir con unos irreconocibles Fernando Savater o Jiménez Losantos, al mismo tiempo que se ofrece una mirada original de *novísimos* como Manuel Vázquez Montalbán, Félix de Azúa o Leopoldo María Panero. Todos ellos, “punta de lanza de un cambio cultural mayor” (2017: 190) aúnan en aquella época, apunta Labrador, una enorme pasión libresca, quijotista. A partir de ella miraron la vida y la política, yendo más allá de los valores y formas de la militancia antifranquista previa por la vía del goce y la experimentación.

TRES MILLONES DE POETAS

Si el compromiso y la amplitud de esta generación fue, con el paso del tiempo, limitado a una parte de sus miembros, lo contrario ocurre con la siguiente: los jóvenes cuyo compromiso con los valores democráticos los hizo “irrevocablemente inadaptados” (2017: 420) tanto al franquismo como al régimen representativo posterior. Esta generación comparte la pasión por la cultura de sus hermanos mayores, pero desde un ámbito mucho más amplio que la universidad. Nacidos en la segunda mitad de los años 50 -no todos, porque de cualquier generación también forman parte “los que, habiendo nacido antes o después, compartan ciertos valores

identificativos” (2017: 71)-, aquí son denominados “generación del ‘77” por el momento de explosión vital y contracultural que se vivió en aquel año.

Las formas y lenguajes que crean persiguen transformar la vida, como en la generación anterior. Pero en este caso son muchos más y buscan que las cosas se hagan entre todos, poniendo los medios para ello. Algunos soñaban con “una república de 3.000.000 de poetas” (2017: 458), lo cual no era tan descabellado en un mundo donde, por unos pocos años todo estaba por hacer y todo era posible. La generación del ‘77, junto a sus muchos acompañantes de la anterior, que se ven revivir en ella –Haro Ibars, Ocaña, Jesús Ordovás, Pau Malvido, Xaime Noguerol, etc.– será perfilada en el libro a partir, preferentemente, de sus proyectos colectivos, que bien hacían poesía en las tapias como el Grupo Anónimo o el Grupo Z, música contracultural como Triana, o fundaban un ateneo libertario. El libro se esfuerza en identificar las conexiones directas o estéticas entre estos colectivos y las muchas iniciativas activistas como las Jornadas Libertarias, la Coordinadora de Presos en Lucha o el Grupo de Carnavaleros Cabreados.

Así, Labrador trata de mostrar cómo mediante todas estas hibridaciones, una generación de “individualismo comunitarista y transformador” (2017: 576) democratiza la poesía, filtrándola en la música rock, flamenca o de autor, el cine o en los distintos formatos incluidos en revistas contraculturales masivas como *Ajoblanco*, *Star* –100.000 copias cada una en su punto álgido– o *El Viejo Topo*. Puesto que “esa democracia no les ofrecía un lugar propio, buscarán inventarse otra, una democracia de verdad, que ponga el acento en la vida y en

el ejercicio de los derechos”. Y en ella, “la cultura, vista como el ámbito mayor de la ciudadanía, será su modo mayor de participación política” (2017: 26). Labrador defiende que para estos jóvenes “un orden se define por su estética”, por lo que “detrás de toda propuesta de ruptura estética, se escenifica y promueve una ruptura moral” (2017: 433-434).

CLANDESTINOS DE LA DEMOCRACIA

La experiencia de todo este mundo fue tan real como el desaliento posterior. Si el clímax creativo y político de una década es situado en la primavera de 1977, en 1978 los límites de esta democratización se van haciendo cada vez más palpables, produciendo un estado de desánimo que combina fatalmente con la aparición de la heroína y la criminalización de sus consumidores. Labrador se apoya aquí en la estadística para contar las decenas de miles de jóvenes muertos que acompañaron a la hegemonía cultural de los primeros gobiernos del PSOE en los años ochenta, y en los relatos primarios para entender sus causas, motivaciones, consecuencias y legados. Si la juventud de '77 es percibida como *pasota* por no participar en la política de la única forma construida como aceptable –votar–, sus hermanos menores –la “generación del '83”– sentirá que “llega tarde a todo”, siendo estigmatizados como *yonkis*, *quiquis* o *peligrosos sociales*. A la vez, defiende Labrador, comenzaba en 1983 a solidificarse –hasta hoy– una máquina cultural de institucionalización y memorialización selectiva de las formas menos conflictivas de esta última generación: pop y rock *infantilizador* como el de Mecano o Los Secretos.

En los años ochenta opera ya un “sentido común basado en *la nostalgia* como pasión política central” (2017: 592) que, defiende, tiene lugar tras el “desaliento” (2017: 404) y la normalización a la que conduce la gestión político-cultural del PSOE tras 1982, acabando con la experimentación previa y produciendo formas de vida “sport” (2017: 398) y canciones para “quedarse en la habitación sin saber qué hacer, (...) chicas de ayer, escuelas de calor, amores de bares, modas juveniles, cuatro rosas y mil gaviotas”, las cuales aún perduran, pues:

acabarán construyendo la poética del pop-rock oficial en términos melancólicos, como si sus músicos dejaran de imaginar otros modos de vida o se quedasen sin energías para tratar de hacerlos. (2017: 592)

Con todo, Labrador defiende que la ola musical de inicios de los '80 bebe enormemente de la contracultura anterior, y para ello analiza bandas punk como Kaka de Luxe o Derribos Arias, pero también la potencia de Miguel Ríos, Leño o Sabino Méndez, músico y letrista de Loquillo y los Trogloditas: “algunos verán en la música masiva el instrumento de transformación radical que aún esperaban” (2017: 27). Localizando a los letristas-poetas *underground* como Xaime Noguerol y entendiendo su contexto, el libro abre una mirada mucho más compleja de la primera mitad de los años '80 que la que se construyó después con el nombre de *movida* como sinónimo de pop comercial (2017: 582).

Frente a esto, Labrador muestra, como cierre del libro, dos pasajes que evocan la *ciudad movida*, el radical cambio de paisaje que se percibe en los noventa, revelador de la muerte de un mundo anterior del que solo quedan trazas. A partir de las cuales es posible, sin embargo, elaborar una memoria

que no borre a los muertos ni su capacidad de inspirar ese intento de “hacer, imaginándola” una *democracia por venir*.

INVENTAR UN CAMINO

En definitiva, *Culpables por la literatura*, cuyo nivel de documentación, rigurosidad, trabajo conceptual, escritura y aportes originales superan en conjunto a cualquier otro libro escrito sobre la transición, no es una obra plena, sino necesariamente inacabada, una que busca inventar un camino para el que quiera seguirlo. Una “masa madre”, en palabras de María Salgado (2017), a la que cualquier superviviente o estudioso de aquella contracultura podría añadir al menos una línea, dar un matiz que enriqueciera el texto. Este camino inventado, en fin, es uno en que otro trabajo académico es posible, más cercano a la vida.

BIBLIOGRAFÍA:

MORÁN, Gregorio (2014). *El cura y los mandarines: Historia no oficial del Bosque de los letrados*. Madrid: Akal.

PREGO, Victoria (1995). *Así se hizo la Transición*. Madrid: Plaza & Janés.

SALGADO, María. (2017). “Presentación del libro de Germán Labrador”. *Curso de historia de la Universidad del Barrio*, min. 21:16. 27 de junio de 2017.

JORGE GAUPP

PRINCETON UNIVERSITY

(ESTADOS UNIDOS)

jgaupp@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0003-1199-4349>

BERTA DEL RÍO ALCALÁ

PRINCETON UNIVERSITY

(ESTADOS UNIDOS)

delrioberta@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0001-6074-6419>

Envío: 2017-12-08

Aceptación: 2018-11-28